

En Marcha, N° 948, Montevideo, 20 de febrero de 1959, pp. 22-23.

EL LIBRO DE ODDONE

Por CARLOS REAL DE AZÚA

Tristezas de la Universidad Vieja.

LA SIGNIFICACIÓN DE NUESTRO LIBERALISMO.

EN su libro sobre **La Universidad de Montevideo en la formación de nuestra conciencia liberal** la Sra. de Oddone ha reconstruido, sin duda, y con eficacia, con fervor, el vistoso semblante ideológico de nuestra Casa Mayor de estudios. Pero bajo este semblante fluye un pulso, un ritmo mucho menos seguro. Es la historia de unos Consejos Universitarios casi siempre renuentes, perpetuamente desatendidos. Es la de unas cátedras sin cesar vacantes, por renunciadas, por dilatadas licencias. La brillante pirotecnia de un Castro, de un Carlos María Ramírez duraba por lo habitual poco más de un curso: el de 1861, de Castro; el de 1864, de Pérez Gomar; el de 1874 de Ramírez. Parecería -y el símil no quiere ser irrespetuoso- que a estos hombres, grandes vejigas hinchadas de palabras y empenachadas imágenes, la operación de enseñar, el servicio de la clase, las fuera vaciando rápidamente. Y no queriendo entonces repetirse, no pudiendo reabastecerse optaran por el tiro. Un retiro que siempre la situación política, razones de salud o de tareas profesionales justificaba. Sólo unos pocos, a estar a los roles, duraron. Algún especializado impermeable al ambiente, algún manso, algún inocuo, algún patriarca precoz; Narvaja, Magariños Cervantes, Plácido Ellauri.

El entusiasmo que ciertos cursos despertaron y que evocaban más tarde enternecidos ex-discípulos, parece más cercano a una espumosa novelaría -tan fugaz como la palabra que la suscitara- que a ese interés profundo que, tantas veces, desde una clase es capaz de nortear una vida. Porque, uno se pregunta ¿qué página recordable y valiosa dejaron aquellos transportados por Castro y por Ramírez, qué estudios emprendieron, qué problema, concreto, examinaron? Que aquel entusiasmo tuviera un “ma non troppo” es explicable: cuando Pena quiso dictar clases dobles suscitó la protesta estudiantil; que aquel fervor diera tan pocos frutos ya lo es mucho menos.

Pero, probablemente, las razones no faltaron. Con alumnos improvisados profesores, con aquella discontinuidad de tareas que llama la atención en la cronología universitaria que cierra la obra, no es de asombrar que la tarea docente, y esto en su doble cara de enseñar y de aprender, se convirtiera en algo muy distinto. Y se hiciera -aciaga premonición de ciertos “exclaustradores” de hoy- predicación, propaganda, elocuencia de púlpito, política tribunicia. Los temas parecen haberse desarrollado, al modo de ciertos debates escolásticos, en el choque de la doctrina “A” contra la doctrina “B”; los cursos, como es previsible, tenían límites muy mal definidos y es así evidente que la Economía Política que se dictó desde 1861 era un batiburrillo de filosofía social, filosofía del derecho, sociología y teoría política (más algunos pasajes de Economía).

Utilizando el dúo verbal de Marx podría sostenerse que estos profesores querían **transformar** la realidad a base de palabras y fórmulas con el agravante de que en la tarea

de **interpretarla** manejaban traslapadamente una interpretación realizada por otros y para otra realidad.

La Universidad Vieja no parece haber conocido las huelgas del tipo actual: funcionales, disciplinadas, totales. En cambio cultivó con fruición el “incidente personal” con el que cierto tipo de intelectual beligerante aparenta haberse acreditado méritos como para integrar, más tarde, la plana mayor de los selectos. Uno de los santos laicos de nuestro liberalismo, por ejemplo, el señor Vázquez y Vega, aparece a los diecinueve años (1872) con sumario por desacato al profesor de latín Giralt, que se ve obligado a renunciar. Al puntear los veinticinco obligó al retiro del rector Gonzalo Ramírez por escándalos en los exámenes de química y dos años después repite la táctica en la cátedra de Constitucional a cargo de Jiménez de Aréchaga.

En realidad, toda la actividad universitaria se impuesta durante esos años de una inmadurez, una inestabilidad y una presunción caracterológicamente adolescentes. Operaba un divismo infantil que llevaba a reproducir, en diarios o revistas efímeras, las disertaciones más intrascendentes de clase. El término justo de **balbuceo** que la señora de Oddone en una ocasión emplea, bien puede cubrir el lote mayoritario de toda aquella producción. Estos textos, utilizados, como se utilizan, por **la historia de las ideas** pueden importar un riesgo muy serio y no está de más que, a pura función de terceros, lo insinuemos.

Esos textos, para empezar, nos dan una imagen falsa de los hombres enquistados y racionales que sus autores fueron después. Fragmentos como los de Carlos María de Peña o de Julio Herrera y Obes que en el libro aparecen pierden algo de su gravedad si se piensa que quienes los escribían vivían recién -y esto en un medio intelectual precario- el hervor de los veinte años. Pero esta atención no sólo afronta el peligro de valorar falsamente a personajes que tuvieron después un pensamiento y un estilo. Construir una coherencia ideológica, una continuidad con fragmentos, con expresiones de ese tipo, es un riesgo mucho más grave. Porque, justamente, entre esas explosiones es donde cualquier continuidad, cualquier coherencia es imposible. Usarlas como testimonio, como barómetro discontinuo de momentos puede ser útil. Colacionar, en cambio, esos pasajes de epígonos, colacionar esos frangollos que a nadie verdaderamente importaban y querer elaborar así la evolución ideológica es una inversión copernicana de lo que en realidad importaba. Lo que era significativo, lo que enhebraba el hilo del suceder eran las influencias exteriores, las lecturas decisivas para ser más preciso -una “Vie de Jésus” de Renan por ejemplo- y esto es lo que hay que estudiar, como Ardao u Oddone lo han hecho en ocasiones, con ahínco mayor que los índices menguados y tumultuosos de un limitado sector expresivo, articulado (es un decir) entre el gran núcleo callado al que esas influencias llegaban.

Y este fenómeno se subraya aun en planos de mayor y presumible madurez. Por mucho que se insista en la huella o impacto de los profesores es visible que, al reemplazarse los uno a los otros en las cátedras, el sucesor ha sido formado no por la enseñanza del precedente sino por lecturas nuevas y nuevos planteos que aparecen totalmente ajenos al docente retirado. Esto, que es tan notorio en la sucesión de Magariños Cervantes por Martín C. Martínez, puede ser extendido, con menos radicalismo tal vez, a todos los otros casos.

La impresión general, la dominante de esos años es la de una Universidad dismantelada, sin aulas, sin bibliotecas, sin laboratorios y, a menudo, sin cátedras. La visión de su realidad en 1876, el año en que José Pedro Varela sostenía la necesidad de su clausura, o la que ofreció de Castro en 1884, cuando presentara el plan de su reorganización son lúgubres sin resquicios, desesperanzadas.

Dejando al margen, por otra parte, el balbuceo juvenil, el tono general de la casa -sin perjuicio de excepciones de buen sentido, saber y auténtico trabajo- parece deplorable. Es el de una presunción y una agresividad caudalosas, el de una religiosidad política, verbal, llevada hasta la beatería. Un énfasis uncioso, una lírica esperanza -no siempre divorciadas de la peor sintaxis- barniza todos los gestos y no decía nada inmoderado Vázquez Acevedo en 1882 cuando se refería **a una gran tendencia a la exageración de principios buenos o verdaderos y cierto espíritu de intolerancia y suficiencia que además de ser muy dañoso acusa una vanidad impropia e injustificada...**

Desde su postura ortodoxa, Zorrilla de San Martín hablaría años después de hombres formados por cuatro lecturas apresuradas, siempre las mismas, por autores franceses **no siempre bien traducidos**. Sin la nota peyorativa que en su testimonio campea, es visible en toda esta historia la adhesión casi fanática que la letra impresa europea despertaba, la fuerza con que unos pocos libros, no siempre de primera fila, modelaban, inmutablemente, mentes muy bien dotables.

Esa fe, esa incompartida entereza, el timbre de superioridad con que ellas dotaban haría chocar a la grey docente con el resto de la colectividad uruguaya. La colisión presenta rasgos ciertos de la experiencia existencial de la desilusión romántica frente a la sociedad y al mundo todo. Se filia, por otra parte, en el estudio, aun no realizado, de los conflictos sociales de nuestro pasado. La consecuencia habitual, empero, solió traducirse en cierto lastimado resentimiento que la ausencia de un eco admirativo, de una dócil receptividad para sus fábricas mentales suscitó en el núcleo universitario. Hubo, por ejemplo, una vanidad adolescente herida en las protestas juveniles -que la señora de Oddone registra ante el silencio que rodeó las Profesiones de Fe racionalista de 1872 y 1879.

-III-

Sin embargo es posible hacer una concesión:

En otros extremos, la bullanguera Universidad Vieja no deja de parecer una milagrosa planta del aire que tomara sus jugos no se sabe bien de donde y no se nutriera jamás en el suelo predestinado. En lo religioso, en cambio, la vemos tomar tierra e insertarse en el juego candente de las ideologías que conmovieron el siglo.

El tránsito de muchos desde el catolicismo al ateísmo se cumplió en parte dentro de la Universidad, aunque también aquí es evidente que los fenómenos decisivos ocurrieron en la sociedad -y esto no sólo en los estratos superiores sino también en los núcleos inmigrantes- y la Universidad fue, más que nada, el ámbito sonoro, dramáticamente extremado, de un raigal conflicto.

Si en la actualidad, como por lo general nos pasa, pudiéramos interesarnos por otra cosa que por la activa operancia de esos extremos que son la fe y la incredulidad totales, tal vez el graduado tornasol de una a otra despertara la misma atención que la que despiertan dilemas sociales o filosóficos que aquellos tiempos conocieron y hoy parecen aún vivos. En lo religioso, en cambio, en esa sucesión de subjetivismo, sentimentalismo, racionalismo y anticlericalismo, por lo menos a nosotros, nos ocurre lo contrario y, ya sea prejuicio o pura manquedad, nos es imposible sentir esa tensión de “historia desde el presente” que se nos impone cuando revisarnos, por ejemplo, la actitud de los principistas ante los ferrocarriles, la libertad bancaria o la expansión de los Estados Unidos.

Esto no significa, ni mucho menos, una minorvaloración del estudio capital que Ardao ha realizado en torno al “Racionalismo en el Uruguay”, y que la señora de Oddone ha manejado con provecho excepcional. Ardao completó con él su sustancial inquisición de las ideas uruguayas y era indiscutible el estudio del ámbito religioso. Pues como lo dijera Donoso Cortés y después lo repitieran tantísimos es desde él y desde sus cambios que todas las demás articulaciones de la cultura, más tarde o más temprano, reciben sus inflexiones.

Un semantista encontraría en todo esto, por lo demás, un campo inmejorable. Un semantista estudiaría aquí la tan pregonada ambigüedad del lenguaje político-cultural, beligerante y vería, por ejemplo, que bajo el término de **jesuitismo** pasa, en alguna época, la religión “in totum”. Que el **anticlericalismo** no es sólo la hostilidad al clero y a su acción sino a la Iglesia, también en total. Que su antónimo, **clericalismo**, no es tampoco la afirmación corporativa del sacerdocio, o de su influencia o la fe en sus excelencias, sino también la Iglesia, con su existencia histórica, doctrinas, cosas e instituciones. Y no digamos nada, porque el terna lo agotó Rodó un tercio de siglo más tarde, de la confusión entre un **liberalismo**, relativista y tolerante, y un **jacobinismo**, agresivo, dogmático.

-IV-

Muchos de los rasgos que en la actuación universitaria pueden registrarse contribuyen a abonar una aguda diferenciación y una neta discordia entre las orientaciones del Cuerpo y el resto de la sociedad en que se movía. Esas diferencias, esas discordias venían a traducirse, a la postre, en una relativa falta de audiencia para la Universidad -como un todo- y si decimos relativa es porque tal vez ella se marcara más en contraste con el eco a que la Universidad aspiraba, con sus efectivas pretensiones a la dirección de la comunidad.

Que el ambiente no era dócil, no era transparente, se infiere, sin embargo, en el reproche sobre el espíritu de casta de la Universidad, latente, sin duda, desde tiempo atrás pero que se plantea explícitamente en la polémica de 1876 entre José Pedro Varela y Carlos María Ramírez sobre “De la legislación escolar”. La acusación vino de Varela y, en ciertos términos, fue eficazmente levantada por su sonoro antagonista. Pero si Ramírez tenía razón al señalar la apertura de la conscripción universitaria, la facilidad de ingreso, el verdadero horror al “exclusivismo” que en la Universidad operaba; si a todo esto podía sumar la consagración principista de la **libertad de profesiones** parece cierto que en la aserción de Varela resistía un meollo de verdad indisoluble a tantos descargos. Y éste residía, creemos, en un posible distingo: la Universidad era un núcleo institucionalmente abierto pero

psicológicamente cerrado. Algo así como una orden monástica, con su agresiva religiosidad laica y su desafiante espíritu de cuerpo. Ciertamente es que en esa Orden abundaban los pobres: **la mayoría de los que calientan los bancos universitarios cuentan apenas con los medios necesarios para poder subsistir decía**, “un estudiante” en 1875, destacando la gran proporción de empleados públicos entre los que estudiaban. Ciertamente que en ella también campeaban los apellidos desconocidos como lo son muchos de los que la Sra. Paris maneja. Pero ciertamente es también que centrada en unas pocas familias vinculadas entre sí por parentesco: los Muñoz, los Herrera, los Ramírez, por ejemplo (y estos últimos aparentan encorporar, en cierta época, media Universidad), imbricada activa industria del elogio mutuo, distante del resto de los uruguayos por certidumbres, afanes y planteos, la Universidad, si no una “casta”, es un órgano de fuerte tegumento, expuesta por ello a constantes colisiones.

Más todavía, la Universidad participó del acentuado carácter clasista de nuestro pensamiento liberal y del sector de los “principistas” pero esto, que era tal vez lo que muy borrosamente intuía Varela y que nos llevaría al examen de aquellas entidades, no puede ser dilucidado ahora.

-V-

Los orígenes de una Universidad iberoamericana, precaria, verbosa, menor, pueden ser contados de muchas maneras. Pueden serlo con énfasis, con exaltación. Pueden serlo con objetividad y hasta despego y puede también moverse, entre ambos extremos, una fórmula ambigua de mesura, humor, nostalgia, simpatía. La Sra. de Oddone tiene una indisimulada simpatía por su tema y puede observarse que una ingente labor, como la que ella ha realizado, no sería (ni materialmente) realizable sin un mínimo de comunicación afectiva y limpia devoción hacia los hombres que se estudian, hacia sus palabras, hacia sus gestos. Dotada de esa fuerza la autora se mueve generalmente en el tono justo y no resulta por ello una salida de él sí, a veces, la adjetivación fervorosa la arrastra a las orillas de lo polemizable. En otras ocasiones, sin embargo, la calificación entusiasmada puede amenazar la precisión del juicio histórico en puntos de gravedad. Una trampa, por ejemplo, que el juicio de los llamados “principistas” ofrece, es la de juzgarlos por sus palabras (ya discursos, editoriales o clases) y prescindir de sus actos, no siempre tan airosamente angélicos, tan puros de toda ganga.

Cuando, por ejemplo, la Sra. de Oddone llama a José Pedro Ramírez **la afirmación más pura del principismo** el dictamen implica desconocer algunos hechos capitales en la vida del celebrado turfman y hábil abogado. Importa olvidar el voceado episodio de la compra del voto a Tezanos en la frustrada candidatura presidencial de José María Muñoz. Olvidar el uso de “El Siglo” para dilucidar o defender intereses profesionales y familiares (algún paralelo contemporáneo pudiera hacerse). Es posible señalar que en alguno de estos intereses radicaría la acentuada hostilidad de Ramírez a de Castro y los agudos informes del francés Maillefer ya lo acusaban, en 1868, de manejar amenazas revolucionarias para proteger a su deficitario padre don Juan P. Ramírez. Importa olvidar también, y esto no cerraría la cuenta, su poco airosa infidencia de las negociaciones de paz de 1892. La misma solución que Ramírez presenta al Gobierno en 1884 a raíz de la destitución de Desteffanis: dividir las cátedras de historia en dos es una solución hábil, no es seguramente la solución típica del más puro principismo.

Todo esto no significa nulificar a Ramírez ya que otras virtudes que la inflexibilidad pueden adornar a un hombre público: el coraje, el realismo, la lucidez, pongamos por caso, y de los mismos hechos que recordarnos se desprende que José Pedro Ramírez tenía un intenso espíritu de familia que no es virtud egregia aunque sí menor. Y como si esto fuera poco, el mismo libro que comentamos lo presenta espléndido de dignidad, gesto y lenguaje defendiendo la institución universitaria frente a Santos, sosteniendo la jerarquía rectoral frente a la disidencia de Medicina en el choque con de Castro. Aunque las calidades que allí Ramírez exhibe no sean encasillables en ningún mote político, en ninguna secta, son un asiento más para el activo de aquel discutido personaje del que se puede sostener, sin embargo, más exactamente que este elogio de la autora que tan largamente se ha redargüido, este otro (benévolo todavía) de su esposo Juan A. Oddone. En un excelente libro reciente afirma este que Ramírez fue la figura más representativa **en la conciliación de los principios con los apremios de la realidad.**

Pero esto nos lleva también al casi intocado tema de la significación social de nuestro liberalismo; al menos hollado todavía de esa entidad, mucho más enigmática de lo que se cree, que fue nuestro “principismo”.